

EL DOCUMENTO HISTÓRICO: UN (VIEJO) DESAFÍO EN LA FORMACIÓN MAGISTERIAL

Prof. Dr. Pablo Fucé¹
IINN

Mucho se ha escrito en los últimos años acerca de los diversos modos de enseñar y de aprender a enseñar los fundamentos de la Historia en los estudiantes de grado. Es notablemente menor en cambio la producción sobre este tema en lo relativo al Uruguay y menor aún en lo que tiene que ver con la carrera magisterial. La importancia de la Historia en la formación del maestro ha sido subrayada por diversos actores educativos, políticos y sociales entendiéndola principalmente como un medio general de transformación positiva de la realidad individual y colectiva. Pero cierto es, también, que la pesquisa sobre cómo contribuye desde las aulas primarias a la formación integral de la mayoría de los habitantes del país se encuentra, en cambio, bastante relegada. Un examen a fondo sobre esta cuestión aportaría valiosa información sobre diversos aspectos que influyen en la educación en el corto y largo plazo y en la concepción de la disciplina que predomina en el conjunto de los ciudadanos. Esto, entre otras cosas, permitiría reconsiderar a docentes y autoridades directamente involucradas en la educación los objetivos planteados programáticamente para la disciplina.

EL DOCUMENTO: UNA HUELLA PORTENTOSA

Comencemos señalando que bajo el término documento no sólo tendremos en cuenta para la clase de historia las actas del parlamento, las cartas y propuestas escritas de presidentes y figuras de gobierno y de la administración pública y privada, los diarios personales de protagonistas relevantes de la vida pública, leyes y decretos, entre otros textos. Sin lugar a dudas, estas fuentes de información han sido (por lo menos en los últimos doscientos años), el material de prueba, la evidencia empírica que comúnmente, y no sin razón, han utilizado los investigadores de diversas corrientes historiográficas para sostener sus interpretaciones

1 Doctor en Historia, profesor de Historia de los IINN.

de los hechos². Siendo fundamentales en estudios de grado y posgrado de la Historia lo son también, en su justa medida como veremos a continuación, en estudios introductorios a la disciplina como los que se imparten en la formación magisterial.

A lo largo del siglo XX el concepto de documento histórico experimentó una ampliación y complejidad enorme que también incide, y muy positivamente por cierto, en el trabajo del aula. Casi en paralelo a la afirmación metódica de disciplinas tales como la antropología, lingüística, alguna vertiente de la sociología y la ciencia política, ocurrió dentro de la Historia una compleja “revolución documental” que condujo a los investigadores a interpretar el documento desconfiando de los puntos de vista de los informantes³. Esta suerte de desacralización de los registros conservados del pasado dejó atrás ideas que por décadas constituyeron la base de la enseñanza de la Historia, por ejemplo, aquella según la cual los documentos “hablan por sí mismos” u otra muy cara que sostiene que “la interpretación de los hechos es libre”⁴.

Precisamente, una de las tareas más interesantes de la clase de Historia consiste en evidenciar estas concepciones y propugnar una tercera que evite al estudiante caer en simplificaciones ajenas a una actitud comprometida con la búsqueda científica y epistemológicamente controlada del conocimiento. La sola fascinación con los documentos y la reducción del investigador a un simple observador “objetivo” es un extremo ingenuo que pocos historiadores admitirían en la actualidad. Pero también lo es la postura opuesta, llamémosle nihilista, según la cual todas las interpretaciones son igualmente admisibles frente a los hechos no habiendo, pues, una privilegiada. El camino del medio enseña, en cambio, a ponderar en su justa medida la validez de los datos contenidos en los documentos a la vez que enfatiza la necesidad de proponer hipótesis explicativas adecuadas a la naturaleza del tema, afines a los marcos teóricos en los que ciertas preguntas (y no otras), adquieren valor y sentido y por tanto, respuesta fundamentada. En el aula magisterial, como en otros ámbitos académicos, podemos encontrar tendencias favorables hacia alguno de estos extremos y depende en gran medida del trabajo paciente y comprometido del docente a cargo del curso lograr efectivamente construir otra idea de la disciplina que advierta sobre los riesgos y límites de las dos primeras posiciones.

2 BOURDÉ, Guy; MARTIN, Hervé *Las escuelas históricas*. Madrid, Akal, 1992.

3 Véase: BURKE, Peter *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza editorial, 1993. También: BURGUIERE, André (dir.) *Diccionario de Ciencias Históricas*. Madrid, ediciones AKAL, 1991 (1986).

4 Véase: CARR, Edward H. *Qué es la Historia*. México, FCE, 1982.

Es un hecho constatable que al cambiar la perspectiva del historiador frente a los indicios del pasado se vuelve necesario detenerse con más detalle en el análisis externo e interno de los documentos⁵ y ampliar, simultáneamente, los márgenes de la compulsiva archivística para encontrar otras fuentes de información del pasado⁶. Ha sido por esa razón que junto al cambio de los historiadores con respecto al tratamiento a dar a los documentos se han ido forjando otras tipologías acerca de la documentación histórica.

Ligado a este proceso se ha encontrado la constitución de diversas especializaciones dentro de la disciplina, cada vez más sofisticadas en su vocabulario así como en sus métodos. A diferencia de la historia decimonónica hoy es posible distinguir y transitar a través de lecturas en clase por líneas de investigación centradas en la historia cultural, social, económica y política y dentro de ellas, por muy variadas prácticas del oficio⁷. En este sentido, la segunda mitad del siglo XX fue un periodo de inflexión en cuanto a la matriz historiográfica predominante. A partir de ejemplos destacados, ganó terreno el modelo de los historiadores franceses agrupados bajo la denominación de "escuela de los Annales"⁸.

A la ya clásica consulta en archivos públicos y privados, núcleo de la investigación histórica, el investigador agregó a su labor el estudio de documentos de distinta naturaleza y variada localización. Obras de arte provenientes de la época antigua —las que en su tiempo dieran oportunidad a los humanistas del Renacimiento a la conformación de la Historia del Arte propiamente dicha— se utilizan hoy, si el tema lo justifica y exige, junto a libros de aduanas o registros bautismales⁹. Como lo demuestra la investigación europea en historia Medieval y Moderna, por ejemplo, ya no se descuida el estudio del suelo para encontrar surcos medievales e indagar los procesos productivos; tampoco se descuida el análisis del polen o los cambios climáticos que afectaron la vegetación y con ella, la población de un determinado lugar¹⁰.

Estos planteos y la apertura de distintos campos de estudio se impusieron a través de múltiples "combates por la Historia", como llamaron a

5 LE GOFF, Jacques *Pensar la historia*. Barcelona, ediciones Altaya, 1995 (1977).

6 Véase: RIESCO TERRERO, Ángel *Introducción a la Paleografía y la Diplomática general*. Madrid, editorial Síntesis, 1999.

7 BURKE, Peter *Formas de historia cultural*. Madrid, Alianza editorial, 2000 (1999).

8 BURKE, Peter *La revolución historiográfica francesa: la escuela de los Annales (1929-1989)*. Barcelona, editorial Gedisa, 1994.

9 Véase: LE GOFF, J. (dir.) *Diccionario del saber. La Nueva Historia*. Bilbao, editorial Mensajero, 1978.

10 DUBY, Georges *Diálogo sobre la Historia*. Madrid, Alianza editorial, 1988 (1980).

su acción militante Lucien Febvre (1878-1956) y Marc Bloch (1886-1944), es decir, algunos de los principales exponentes que lideraron desde 1929 esta línea de trabajo¹¹. En la misma dirección teórica y metodológica siguieron obras que reivindicaban “pensar la Historia”, como la del medievalista Jacques Le Goff (1924), publicada en 1977 y de amplia repercusión local. Fue bajo su impronta que se produjeron en Uruguay algunas de las más importantes investigaciones del siglo XX¹² que exploraron temas y problemas hasta entonces desatendidos o parcialmente visitados por la historia tradicional y la revisionista, apegadas por su parte al estudio y la construcción del Estado, el examen de los “órdenes” de la nación, la influencia (para)estatal de los partidos políticos en la historia del país y la búsqueda de respuestas en torno a la gravitación de las figuras políticas agrupadas bajo la expresión caudillos y doctores, a veces utilizada de manera poco acertada y precisa.

Ocurrió así que bajo la prédica de los historiadores de la revista *Annales* de Francia se privilegió un enfoque macro histórico de base fundamentalmente, pero no solo, estructural-funcionalista, en el cual importaba más entender la coherencia de las partes del modelo propuesto que el examen de los temas partiendo de la documentación¹³. En ese contexto académico predominante el documento sirvió ante todo de ilustración de los enunciados teóricos que se organizaban en torno a unos principios que rechazaban lo contingente en beneficio de la detección de regularidades y “tendencias” colectivas¹⁴. En la enseñanza de la Historia el documento fue subrogado por una explicación multicausal centrada en los argumentos lógicos del modelo que escasamente problematizaba la relación sujeto-documento y menos aún teoría-documento. Poco a poco se avanzó hacia un modo de explicar diferente al tradicional pero no siempre atento a las fallas y cuestionamientos for-

11 LE GOFF, J.; NORA, P. (comp.) *Hacer la Historia*. Barcelona, Laia editorial, 1980 (1974), 3 vols.

12 Véase: REAL DE AZÚA, Carlos “El Uruguay como reflexión (II)” en *Capítulo Oriental. La historia de la literatura uruguaya*. Fascículo 37, Montevideo, Centro Editor de América Latina, 1969. SOLER, Leticia *La historiografía uruguaya contemporánea. Aproximación a su estudio*. Montevideo, ediciones de la Banda Oriental, 1993. SOLER, Leticia *Historiografía uruguaya contemporánea (1985-2000)*. Montevideo, ediciones Trilce, 2000. ZUBILLAGA, Carlos *Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX. Entre la profesión y la militancia*. Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2002.

13 REVEL, Jacques *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Buenos Aires, editorial Manantial, 2005.

14 GRENDI, Edoardo “Paradojas de la Historia Contemporánea”. En: *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*. Morelia, Michoacán, México, núm. 2, marzo-agosto, 2004, pp. 55-62.

mulados en la investigación así como a todas las dimensiones de las luchas académicas que ese proyecto libraba en Europa.

Todo lo dicho en nada desestima los destacados aportes que provinieron de este enfoque macro histórico de la investigación y la enseñanza, muy próximos a algunos diseños de investigación de la sociología y la economía no siempre reconocidos explícitamente. Pero es de notar al mismo tiempo que su formulación y predominio actuaron, primero en Europa y aquí un poco más tarde, desacreditando otros modos de investigación anterior y simultáneos (englobados vagamente con el término desde entonces pecaminoso de "positivismo" o "historicismo"). Salvo excepciones, recuperada la democracia en Uruguay (y con ella el retorno a las aulas de muchos e importantes docentes e investigadores que habían sido impedidos de ejercer durante la dictadura), las cátedras privilegiaron los estudios macro históricos a la vez que ciertos temas afines e ignoraron y/o desalentaron la integración académica estable de otras investigaciones emergentes, atentas a la crisis del modelo macro histórico que atravesaba la comunidad científica europea y cuyos ecos parecían no ser oídos aún con toda claridad.

Lejos de pretender contribuir al "culto a los hechos" y tomar los documentos acríticamente, es posible reconocer en algunos trabajos de los últimos años el esfuerzo sostenido y a menudo solitario de propugnar un conocimiento del pasado que siga de cerca la información contenida en los archivos para discutir, partiendo de los hallazgos obtenidos, incluso con(tra) los modelos¹⁵. Sin renunciar a formularse planteos acerca de las dimensiones de análisis cuantitativas y a tener en cuenta las investigaciones macro históricas anteriores o en curso, en la clase de historia magisterial hoy bien cabe recorrer un itinerario de temas y problemas que esté menos volcado al anonimato de los sujetos, citados mil veces y mil veces más desaparecidos bajo el imperio de las cifras, la centralidad de personajes de gobierno y la administración, gráficos estadísticos y presupuestos teóricos.

Yendo más lejos podría incluso arriesgarse la hipótesis que en lugar de contribuir a fomentar el interés por la historia en los estudiantes de magisterio de las últimas décadas, el modelo macro histórico predominante se les presentó como un obstáculo difícil de superar pues la comprensión de sus fundamentos teóricos y metodológicos (tan medulares como ha sido dicho), no estaba planteada en la malla curricular, ni en el programa de historia, ni había tiempo pedagógico suficiente para hacer-

15 SAMPIERI, R.; FERNÁNDEZ COLLADO, P.; BAUTISTA LUCIO, P. *Metodología de la investigación*. México, McGraw Hill, 1998.

lo. Además, el reconocimiento de la distancia histórica entre el pasado y el presente se tornó más complicado debido a que, entre otros factores, estos modelos enfatizaban las continuidades eludiendo el tratamiento de las rupturas y diferencias temporales y conceptuales (en cuanto a valores, normas y costumbres, por ejemplo), de individuos y colectivos de épocas pasadas, primordiales para pensar la construcción del mundo contemporáneo y con ella, la del proceso escolar.

Visto desde esta perspectiva la recuperación crítica del análisis de documentos puede convertirse en un pilar indispensable para el conocimiento histórico del maestro así como de las propuestas historiográficas en marcha, en Uruguay y fuera del país. Sin disponer de estudios sistemáticos acerca de este asunto crucial, parecería que en la actualidad la enseñanza de la Historia está regresando al rescate de las pruebas contenidas en la documentación enriqueciendo así las interpretaciones pero también, y esto es muy importante en lo relativo a la formación docente, complejizando mucho más aún el estudio y aprendizaje de la Historia de los estudiantes que recién ingresan a la carrera provenientes del bachillerato.

A la luz de estos cambios y la ampliación documental referida antes puede entenderse mejor cuán importantes son los documentos para el estudiante magisterial a la hora de obtener y valorar información auténtica, pertinente y relevante sobre una sociedad en un período y lugar determinado. Y también podrá advertirse cuán importante lo será para el maestro cuando comience su ejercicio profesional. Un aprendizaje puntual pero intenso y complejo acerca del valor de los documentos llevado adelante en la clase de Historia prepara al futuro docente para considerar de manera autónoma y crítica qué documentos debería utilizar en el aula o en actividades de extensión escolar, tanto para abordar temas de historia reconocidos como tales por los programas vigentes y la ciudadanía en general, como aquellos otros que asoman con fuerza en la vida contemporánea y se van convirtiendo en relevantes para investigadores y docentes. Una correcta selección de documentos para la preparación de un tema de historia posibilita al maestro pensar la relación pasado-presente y resignificar a partir de su lectura el contexto de la comunidad educativa en que se encuentra.

Como en el caso de muchos historiadores, un maestro que procure ahondar históricamente temas como la niñez, la construcción de género, la vejez, la enfermedad, la vida escolar, la fiesta y el carnaval, la cultura rural o la sociabilidad de los trabajadores urbanos, entre otros, deberá intervenir en el aula y fuera de ella teniendo en cuenta los documentos suministrados por la bibliografía científica consultada y confian-

do en su propia iniciativa para revisar en el universo en el que actúa los registros documentales que pueden existir sobre la cuestión a estudiar o que guardan alguna relación con ella.

El análisis de documentos prepara al docente para mantenerse alerta en cuanto a los vestigios sobrevivientes del pasado y su relación (problemática) con ellos, especialmente después de terminada la carrera, una vez que, en principio y al menos por un tiempo, deba actuar con muy poca asistencia académica sistemática. Lo aprendido en los ejercicios de grado seguramente volverá en otros libros y en otras circunstancias en las que deba considerar los aportes documentales de la bibliografía nueva o clásica que esté a su alcance.

Por otro lado, es muy posible que manuales, revistas y libros que se incorporen a su práctica sean mejor entendidos y los soportes teóricos de estas obras logren estar insertos en una tradición historiográfica que ya no se verá como única, estancada y reiterativa de las mismas "verdades", sino como un esfuerzo deliberado de diversos historiadores quienes, situados en un medio particular y basados en determinadas elecciones teóricas, indagan en un proceso de revisiones incesantes, abierto e inconcluso. Poco a poco se comprenderá además que estrictamente hablando no hay temas "nuevos" o "viejos" sino modos de acercamiento más o menos complejos, más o menos logrados conforme a los criterios disciplinares que incluyen: métodos científicos (de búsqueda, selección y ordenamiento de la información así como de definición y resolución de problemas), coincidencias literarias (en lo que tiene que ver con la lectura y la complejidad de la expresión escrita de los resultados obtenidos) y preguntas filosóficas (que no responde el historiador pero sí debe tener en cuenta de manera consciente durante la investigación: sobre la verdad, la objetividad, la libertad humana, etc.).

Trabajando con fuentes históricas durante los estudios de grado el maestro habrá adquirido instrumentos valiosos para apreciar su desempeño con respecto a la disciplina y de igual manera podrá determinar con fundamento en los documentos elegidos para la clase los criterios de relevancia del tema estudiado, y no solo los que, siendo sustanciales, tienen que ver con su inserción en el campo didáctico-pedagógico. La selección documental deja entonces de ser un dato aportado por la literatura o el curso para convertirse desde ese momento en una tarea de investigación en sí misma en la cual el maestro ahonda en el entorno socio-cultural para discriminar qué es importante o accesorio y qué razones profundas pueden subrayarse para consultar, de todos los materiales tenidos en cuenta, unos más que otros. Lejos de la suma de piezas del pasado, aleatorias y desconectadas, el documento correctamente

considerado evita caer en el coleccionismo de anticuario o la mera atracción por lo antiguo abriendo, por el contrario, infinitas posibilidades de construcción de saberes para la clase y tareas de investigación en la comunidad escolar.

Empero, siendo clave todo lo anterior, lo central del análisis de documentos en la clase de Historia magisterial está en el hecho que introduce al futuro maestro al vínculo indisoluble que mantienen en la disciplina las interpretaciones procedentes de la bibliografía y la documentación disponible. Con el documento en el aula es posible enseñar a evitar la superficialidad de la lectura del pasado y la defensa anticipada, y casi siempre no demostrada, de interpretaciones ambiguas, contradictorias y/o inconsistentes con los documentos y sus contenidos. Además, el documento contribuye en clase a revelar las dificultades metodológicas que surgen cuando se trata de formular preguntas originales, apropiadas y posibles de contestar. En este sentido, el documento favorece el ejercicio intelectual de preguntar atendiendo a distintos grados de complejidad y generalidad. En definitiva, aprender a preguntar compartiendo la tarea reflexivamente se convierte en un aporte fundamental que resulta del acercamiento al análisis documental.

Vale decir entonces que, inserto en el desarrollo del programa de Historia el documento facilita al profesor señalar y explicar las lógicas de comportamiento defendidas por los protagonistas del pasado dentro de un tema específico. Lógicas diferentes según se trata del documento y autor y cuyo entendimiento exige establecer en clase un diálogo entre la información del texto y el contexto social, cultural, político y económico en que fue producido. Al mismo tiempo, el estudio de quién lo produjo, en qué condiciones sociales o políticas, a quiénes fue dirigido y con qué propósitos ilumina acerca de los intereses explícitos e implícitos de los sujetos históricos.

En suma, el documento histórico es, por un lado, una pieza extraña que en las primeras etapas de trabajo incómoda al irrumpir en el aula con otros planteos y formas de decir, porque trae consigo situaciones distintas a las cotidianas que resultan a menudo naturales y pone en evidencia que no lo son, y casi siempre, porque revela dimensiones conflictivas, intrincadas y contradictorias de la experiencia humana. El documento histórico es la prueba sobreviviente de una catástrofe y así se percibe en el aula; pero también es evidencia de la parcialidad que acompaña los modos de pensar y sentir el propio devenir y el de otros actores sociales. Asimismo, con su análisis se cultivan dos cosas en el futuro profesional de la educación. Por un lado, una aproximación racional a sujetos concretos insertos en coordenadas espacio-temporales especí-

ficas. Por otra, la toma de distancia con relación a sus demandas y a las condiciones en que fueron formuladas.

De igual manera, cada frase de un documento histórico hace posible educar en cuanto a la capacidad relativa de la disciplina de entender y explicar íntegra y globalmente el pasado, desmitifica el texto al someterlo a preguntas y deja atrás posturas rígidas acerca de la verdad inmanente de los "hechos" del pretérito. Por último, y no menos central, el análisis del documento histórico promueve la adquisición progresiva del futuro maestro de una palabra propia, argumentada y respetuosa que acompaña en todo momento el acto de citar. Y afirma, simultáneamente, una postura profesional que toma la experiencia humana particular como distinta a la vez que, por medio de abstracciones graduales y meditadas, llega a encontrar en ella puntos de contacto que parecen estar más allá de todas las barreras y distancias que el tiempo y las formas han establecido entre el mundo de los ahora muertos y el que toca a los ahora vivos.